

Amor propio

(Fragmento)

Gonzalo Celorio

Mamá terminó de embadurnar el pastel de cumpleaños de Patricia y tras instantánea vacilación enjuagó la cacerola. Hacía tiempo que a Moncho ya no le gustaba limpiar con el dedo y con la lengua hasta el último vestigio del betún de chocolate. Se lavó las manos en el fregadero y se las secó con el trapo de la cocina. Se quitó el delantal de medio luto y advirtió con sobresalto que en el bolsillo todavía estaba el volante que había llegado la semana pasada. Se pasó las manos nerviosas por el cabello recientemente encallecido. Con sonrisa distraída y cansada se apersonó en la sala para saludar a los primeros invitados, los de siempre -las mismas palabras, los mismos gestos-, que ya hablan sido recibidos por Roberto y me encargo de la cantina: el tío Paco y Matilde, su mujer, y los Barbachano, que eran los padrinos de Patricia y quienes toda la vida habían tratado de entablar parentesco con los Aguilar mediante una alcahuetería sólo verbal, que a fuerza de repetirse a cada encuentro se habla vuelto retórica y había espantado las virtuales apetencias de los siempre incómodos protagonistas de tan deseado enlace: Qué mona parejita hubieran hecho su Antonio y nuestra Maruca. / Pues sí, pero ya ve, ahora ni manera. / A ver si se nos hace con nuestra ahijada y el José Miguel, que está hecho todo un hombrecito, si lo viera usted, se ha dado una estirada que ni le cuento. / Como si uno mandara en el corazón de los hijos. Yo qué más diera, pero ya ve lo entusiasmada que está con el Güero An. / Que no es un mal partido. / No; es un buen muchacho, de buena familia, pero es un mocoso todavía, imagínese de aquí a que termine la carrera. / ¿Y Moncho? / De Moncho mejor ni hablamos, con eso de que le da por la literatura. Yo ya mejor no le pregunto nada. Ya ve usted cómo está la juventud.

-Bueno, ¿y la del cumpleaños? -dijo el tío Paco mientras bañaba en dip una papa frita y se la metía sonoramente en la boca llenándose de grasa y de sal, y de papa y de dip también, los protuberantes bigotes.

-No dilata en tardar -dijo Roberto queriendo ser gracioso-. Ya verás cómo baja volando nomas oiga la voz del Güero.

Peró antes que el novio, llegaron Antonio, el casado, y Marcela, la causante de su epíteto, con el niño primero -primer hijo, primer nieto, primer sobrino-, metido en un bambineto es muy práctico, y todos los presentes, menos el tío Paco, dijeron con

semblante de transporte celestial que querían ver al muchachito aunque estuviera dormidito y con voces añiñadas pero está precioso, pero si es un angelito, pero qué grande está, pero si es una monada, pero si es idéntico al abuelo que en paz. Sólo el tío Paco, amparado, como siempre, en una sinceridad casi norteña de la que se ufanaba, dijo me perdonan, no se ofendan, pero todos los niños recién nacidos son horrosos.

Antonio, engordado por el matrimonio, agrandado por la alta responsabilidad que desde la muerte de papá lo había convertido en el jefe de la familia, con cara de oficina, cansado pero exitoso, le pidió a Roberto un whisky en las rocas. Marcela, ofendida por la sinceridad del tío Paco, fue a depositar al niño en la cama de la abuela y regresó a la sala para iniciar una larga disertación sobre la maternidad, que volvía de golpe obsoletas todas las experiencias de todas las mamás del mundo. Con creciente prognatismo habló minuciosamente de la alimentación del hijo y de todos y cada uno de sus efectos: sus eructos, sus vómitos, sus orines y sus deposiciones.

De pronto aparecieron por la puerta de la sala tres docenas de rosas rojas sucedidas por el Güero Anzures, quien no encontró la oportunidad de desembarazarse apropiadamente de semejante muestra de su pasión de amor antes de saludar a los presentes, y con su húmedo y perfumado cargamento emprendió el recorrido por el angosto camino que apenas se abría entre la mesa de centro oval y los sofás -más bien las piernas de sus ocupantes-, y fue diciendo, a cada obligado apretón de manos, buenas noches señor, buenas noches señora, y, en su caso, mucho gusto señor, mucho gusto señora, y cuando terminó de dar la vuelta completa, habiendo dejado un rastro -de pétalos, se encontró, recién aterrizada, a Patricia, que efectivamente había bajado volando como lo pronosticó Roberto. Le entregó las flores ay qué lindas con cierta torpeza y decidió darle un beso en la mejilla cuyo pudor intentaba disfrazar los jadeantes manoseos vespertinos de año y medio de sofá.

Antonio sonrió más paternal que fraternalmente, pero su sonrisa no alcanzó a disuadir el fruncimiento de las cejas. Se quitó los anteojos, se dio un rápido masaje en los párpados y en el puente de la nariz, a saber si por cansancio, por evasión o por incredulidad, y dirigió la vista un tanto abotagado a Patricia, tan cintura diminuta, tan nalguitas paradas, tan senos puntiagudos y sobre todo tan piernas largas, larguísimas, visibles en toda su extensión merced a una minifalda que, por lo pronto, los anteojos de Antonio, nuevamente instalados, consideraron digamos que inmoral.

Cabellera alaciada artificiosamente, pestañas separadas por el rimel, boca pintada por un lápiz labial que más hacía por decolorar que por poner color, Patricia fue abrazada por los invitados que no eran suyos sino de la tradición familiar, pero

cómo no los vamos a invitar si son tus padrinos, si son tus tíos, si son tus hermanos y además Antonio es como si fuera tu padre.

La señora Barbachano le dio un regalo ante la mirada del señor Barbachano: una pulsera dorada con varios dije -un barquito de vela, un pescadito, una torrecita Eiffel- que a Patricia, arrebatada por la moda del plástico y los colores estruendosos, le pareció espantosa. El tío Paco, enrojecido, estiró el cuello apretado por la corbata y no pudo guardarse su comentario sobre lo guapa, lo desarrollada y lo inmoral que se veía Patricia con esa minifalda que cómo puede costar lo que cuesta si tiene escasos veinticinco centímetros de largo, y se rió estentóreamente, casi sofocado, mientras la abrazaba más de lo debido en opinión del Güero y tú no pongas esa cara de celoso -le dijo guiñando un ojo-, que es mi sobrina y estamos en familia.

-Qué fino detalle -musitó el Güero simulando una sonrisa.

Conforme fueron llegando los verdaderos invitados -amigos de Patricia y amigos del Güero-, las sillas del comedor se trasladaron de dos en dos a la orilla de la sala. El círculo inicial adoptó keplerianamente la forma de la elipse y ésta, a su vez, se fue acinturando, se fue estrangulando generacionalmente y al cabo de un rato ya eran dos círculos independientes, apenas relacionados entre sí: por un lado, el de la momiza -como dijo, sin bajar demasiado la voz, un joven lampiño y enjuto apodado Tarzancito-, cuyos integrantes estaban apoltronados en los sillones de la sala; y por otro, el de la juventud divino tesoro -como dijo la tía Matilde en un suspiro que delataba su peregrino deseo de cambiar de ubicación-, cuyos integrantes hormigueaban por las sillas del comedor rozándose los alientos frescos, las alegrías babosas, las manos y las palabras. De vez en cuando una bola de la cancha de los adultos se pasaba a la otra cancha y los jóvenes la devolvían educadamente aunque sin dejar de hacer algún comentario risueño entre los de su equipo, y al revés también, y los adultos la lanzaban con todas sus fuerzas, queriendo, inútilmente, ser joviales. Las carcajadas de uno y otro círculos no lograbanacompañarse. Tampoco los gustos musicales, que empezaban a volver esquizofrénico al tocadiscos donde se alternaban la música ago-gó y Hugo Avendaño hasta que las negociaciones tácitas entre Patricia y Antonio no le permitieron ir más allá de Ray Conniff ni más acá de Raphael.

Roberto, que estaba en ese universo y no en el suyo por mera concesión familiar, se desplazaba por la órbita y se aburría tanto con los adultos como con los jóvenes. Aquéllos lo consideraban un chamaco todavía pese a su corbata y a sus responsabilidades laborales y éstos le tenían cierta reticencia precisamente por su corbata y por sus responsabilidades laborales. El había tratado de aproximarse a las minifaldas de las amigas de Patricia, pero sus recursos grandilocuentes, pasados de moda, eran recibidos con fastidio, y tras algunas sonrisas más educadas que entusiastas, las muchachas acababan por darle las espaldas para ponerse a platicar

con los amigos del Güero. Después de dos o tres intentos, Roberto adoptó condición de satélite para girar alrededor de la cocina donde no sólo reponía las cubas libres y los *vermouths* de los invitados sino que aprovechaba la trayectoria de su desplazamiento para servirse muy bien servidos tragos en su vaso cada vez más digitado y solitario. Cuánto lamentaba que mamá se hubiera opuesto, si esta casa no es hotel, a la idea de instalar, con sus propios medios, una extensión telefónica en su recámara, porque con el teléfono sobre la consola, en el centro de la música y en el epicentro de la reunión, era punto menos que imposible empalagarse la voz y los oídos y la imaginación con sus amigas alfabetizadas en su agenda: la secretaria del propio tío Paco, la vendedora de El Palacio de Hierro, la mesera de Sanborn's, la futura edecán de las Olimpiadas.

Por la mesa de centro desfilaron, amén de las papas y el dip, los rollitos de jamón, el queso manchego sobre la tablita de mosaico, las pepitas -que el tío Paco tomaba a puñados-, los ostiones ahumados en galletas de soda que no se ajustaban al perímetro marcado por sus perforaciones... Y nada de que Moncho llegara.

Mamá, aparentemente despreocupada, no podía dejar de pensar en el volante que había llegado a la casa la semana pasada, en el que se aconsejaba a los padres de familia que impidieran a sus hijos asistir a las manifestaciones estudiantiles porque el peligro de represión era inminente.

-Bueno... ¿Y Moncho? -dijo el tío Paco como si la preocupación de mamá se hubiera escapado por el aire. La pregunta desencadenó las frases que de un tiempo a esta parte a Moncho le irritaban: Ya no le pido que pida permiso, sólo que me avise, que me diga dónde está para no estar con el pendiente. / Y sobre todo en estos tiempos. Uno ya no sabe qué quieren los muchachos. / El es más bien tranquilo pero luego lo sonsacan los amigos.

Y lo que no se le ocurre a uno se le ocurre a otro. Aunque más bien se la pasan en los cafés existencialistas. Horas y horas. Yo no sé qué tanto platican. / Si vieran cómo trae los pelos, hace por lo menos dos meses que no va a la peluquería. Ya le dije que le voy a castigar el coche si no. / El error fue haberle comprado coche. / ¿No estará en casa de la novia? / ¡Qué va! Si a Lucía no la ve desde hace meses. Parece que terminaron. / Pero si era buena la muchacha, ¿no? / Pues te diré, demasiado desenvuelta para mi gusto. / Los tiempos cambian, qué le vamos a hacer. / Lo único que nos falta es que ande de revoltoso con los estudiantes.

-¿Estudiantes? -preguntó el tío Paco,-- Qué estudiantes ni qué narices. ¿Estudiantes les llaman a esos desvergonzados que se pasan el día cometiendo toda clase de fecharías? ¡Qué estudiantes van a ser! Si éstos son estudiantes yo soy el astronauta Gagarin.

Bueno... ¿Y Moncho?

Moncho y Nuria salieron temprano de Ciudad Universitaria. Estaban hartos de las asambleas eternas donde cada uno de los que tomaba la palabra después de esperar horas su turno no la usaba sino que abusaba de ella, como para usufructuar la inversión de tanta paciencia, y desvariaba en prolongados análisis que más tenían que ver con el lucimiento personal que con la situación política del movimiento, o hacía propuestas inoportunas porque nadie recordaba ya el comentario que las había suscitado después de catorce peroratas intermedias. Muy pocos se ajustaban al «bien concretito» que el compañero presidente de debates exigía a los participantes, y había quienes disfrazaban de moción de orden sus desenfrenados impulsos oratorias. Pero qué quieres, así es la democracia.

Regresaron temprano, también, porque Nuria, tan activa, tan beligerante, no dejaba de ser hijita de familia. Su padre, refugiado español, catalán más bien, y anarquista, hablaba siempre de la libertad que deberían tener las mujeres, de la igualdad de derechos y de responsabilidades de ambos sexos; admiraba a las mujeres independientes, autónomas, profesionistas, pero eso sí, a Nuria la quería a las ocho y media en casa y ya empezaba a imaginarla casada con un hombre bien plantado, cualquier cosa menos anarquista, y dedicada al hogar, a la maternidad, a las galletitas y al alioli.

Salieron de Ciudad Universitaria por avenida Insurgentes. Cada vez que Moncho pasaba por el monumento a Álvaro Obregón, un toque eléctrico le recorría el cuerpo de los testículos a la garganta. Algo como un rumor de tripas resuelto en Interjección de las que se pronuncian para adentro lo impulsaba a pisar el acelerador y salir huyendo, a riesgo de parecer sospechoso. Su corazón no podía admitir que el parque espeso, florecido de hortensias de penumbra donde transcurrió en velocípedo (como papá le llamaba al triciclo) alguna parte de su infancia; el parque de sus paseos con Lucía, tan lentos, tan amorosos, tan cobijados por los fresnos, respaldara ahora a los granaderos de fauces caninas y miradas rencorosas, trepados en esos camiones azules, abiertos por los costados, listos para salir rápidamente y atacar en cualquier momento. Llevaban más de un mes apostados en el parque y Moncho no se acostumbraba todavía a su presencia, que tensaba a la ciudad como una liga a punto de romperse. Pero ya no sólo eran los granaderos al acecho de mítines y de manifestaciones, sino también el ejército que como un fantasma verde -silencioso y omnipresente se dejaba ver por diferentes puntos de la ciudad.

Se fueron por la avenida Insurgentes hasta El Puerto de Liverpool, que desde su inauguración habla privado a Moncho del raro placer de acompañar a mamá al centro, y doblaron por Extremadura hacia Mixcoac, donde vivía Nuria, muy cerca del colegio Madrid de su primaria, de su secundaria y de su preparatoria, en un

edificio de departamentos que había sustituido a una de esas casonas de tepetate y ventanas con postigos, como la de Juan Manuel Barrientos, su maestro de literatura. Moncho tenía prisa pero no le importó mayormente. Refugiados en el vulnerable Volkswagen se quedaron platicando a la puerta del edificio, en una ciudad, si amedrentada a plena luz, peligrosísima después del atardecer, ya me voy que es cumpleaños de mi hermana y hay fiesta en casa. Cómo fiesta, si estamos en combate.

--Qué quieres que haga. No dejo de ser un pequeño burgués -dijo Moncho y al decirlo vio las contundentes piernas de Nuria, ahí, al alcance de su mano derecha, apoyada nerviosamente en la palanca de velocidades.

Nuria sabía -vaya que sabía de la rotunda belleza de sus piernas hispánicas que dejaba lucir hasta el límite mismo de la trama oscura de sus pantimedias. A Moncho, que aún conservaba viva la energía de sus últimos barro y espinillas, Nuria lo desquiciaba porque su gracia, su desparpajo traducían en compañerismo cualquier impulso erótico que se le acercara. Moncho no tenía recursos para aproximarse ni un centímetro más de la amistad, ya que todos los valores entendidos que habían ido articulando desde que se conocieron estaban cifrados precisamente en la amistad y solamente en ella, de manera que Moncho tenía miedo de perder lo ya ganado si intentaba modificar, aunque fuera en un ápice, las reglas del juego aceptadas tácitamente. Pero Nuria coqueteaba con un desenfado que, cuando más, Moncho consideraba ambiguo. Ah, cómo le gustaba la Catalana. En clase ella solía sentarse cerca del ventanal, respaldada por los pirules y la piedra lava; por la torre de la Rectoría y los volcanes. Moncho se procuraba un asiento que le permitiera observarla sin ser visto -¿sin ser visto?-, y su mirada se filtraba por los hemistiquios del Poema del Mío Cid y se deleitaba, morosa, en esas «Ay, basas de marfil, vivo edificio / obrado del artífice del cielo, / columnas de alabastro que en el suelo / nos dais del bien supremo claro indicio» que cantara el primer poeta novohispano, y al terminar la clase tenía que salir del salón con los libros sobre la bragueta, que parecía tienda de campana.

Esa noche septembrina, a la puerta del edificio, en su Volkswagen, junto a Nuria, a Moncho se le fue cargando el corazón, se le fue endureciendo el escroto, se le fue agitando la respiración, se le fueron ensanchando las fosas nasales, se le fueron crispando los puños hasta que repentinamente, inusitadamente, gritó a voz en cuello «¡¡CARAJO!!», y descargó un golpe contra el parabrisas, cuyos efectos inmediatos lo despojaron de su simbolismo primigenio: para su sorpresa -porque no pensó que hubiera golpeado con tal fuerza y para la sorpresa de Nuria, que no comprendió semejante exabrupto, el parabrisas se estrelló: una tela de araña caprichosa se tejió en un instante a partir del impacto de los nudillos de Moncho en el cristal.

-¡Qué te pasa! -dijo Nuria, estupefacta-. Pareces granadero.

-No sé -respondió Moncho, desconcertado, sobándose los nudillos-. Los pinches granaderos, carajo, y la pinche tropa, carajo, y tus piernas, carajo, me gustas, me gustas muchísimo, me gustas desde siempre.

Atrapados por la proyección de la telaraña en sus rostros, los dos sonrieron ante los efectos destructivos de tal arrebató, y después se rieron francamente y después se volvieron a reír, y la risa de pronto se hizo río por donde sus bocas navegaron ávidamente, y Moncho supo por primera vez que los besos no tienen por fuerza que ser solemnes sino que pueden prescindir de la mirada preparatoria y de los párpados doblegados, y que se puede besar con los ojos muy abiertos y que se puede reír mientras se besa, reír y morder y soplar y decir tonterías y que ni la carcajada franca interrumpe el beso, que se prolonga cada vez más denso, y que ahí, en la risa besada, habita el compañerismo y la solidaridad, palabras que tanto le decían a Nuria y que tanto habían reprimido las inconmensurables ganas de Moncho.

No hubo explicaciones posteriores ni compromisos ni planes ni definiciones: sólo la risa, que se demoró hasta el ya es tardísimo que ambos pronunciaron cuando la XEQK, después de los sombreros Tardán y del Hemostyl qué sabroso es, dio la única hora exacta, la hora del Observatorio, la hora de Haste, la hora de México. Ella se bajó del coche sin que Moncho le abriera la portezuela como solía hacerlo con cualquier mujer que lo acompañara, se metió en el edificio y después de pasar la puerta de cristal, que se cerró automáticamente, se volvió y le mandó a Moncho un beso dado sobre un solo dedo, que traspasó el cristal de la puerta y el cristal de la ventanilla del coche y que Moncho recibió con cara de imbécil. Bajó el elevador por Nuria, y Moncho se quedó ahí todavía un ratito, estacionado, hasta que calculó que Nuria ya había entrado en su departamento del cuarto piso, y se encaminó a su casa, al maldito cumpleaños de Patricia, suspirando y acomodándose el desorden de la bragueta.

Por las finísimas rajaduras del parabrisas, que brillaban dramáticamente iluminadas por los fanales de los tranvías de Revolución, temerosos del incendio y divulgadores ambulantes de consignas estudiantiles, TIEMBLA BURGUESÍA PORQUE TE QUEDAN POCOS MILENIOS DE VIDA, se colaron las imágenes más sutiles de Nuria y humedecieron aún más las sonrientes comisuras de Moncho.

Una tarde apenas comenzada, hacía más de un mes, Nuria le había hablado por teléfono para preguntarle si iría a la manifestación. Moncho le había respondido que él mejor aprovecharía el tiempo de la huelga para ponerse al corriente en filología. Nuria, sin mediatizaciones, sin eufemismos, lo había tachado de

reaccionario de mierda y de clandestino sin darle tiempo para defenderse ni para discutir siquiera.

Moncho se encerró en su territorio todavía tan vulnerable: a pesar de Baudelaire, Nietzsche y Camus a la altura de la vista, el librero de Moncho estaba fundamentado en la infancia: las memorias del Instituto México, la colección completa de Salgari, con sus bisagras azules dibujadas, Corazón, diario de un niño, los veinte volúmenes de El tesoro de la juventud y los fascículos de la Enciclopedia estudiantil que miércoles a miércoles le había ido comprando su hermano Antonio, el casado. Y como en el librero, en el cuarto entero subyacían vestigios de una edad que se rehusaba, todavía, a ser pretérita. La colección de piedras veteadas o brillantes, dispuestas por tamaños, aún ocupaba la repisa más baja del clóset y los patines no habían ido a parar al cuarto de servicio y ahí permanecían, sedentarios junto a los zapatos, aunque Moncho no los usara desde que se perdió la llave, hace años. La cama estaba disfrazada de sofá y sobre el escritorio se apilaban los libros universitarios, interrumpidos por los cuadernos donde la Sterbrook, misteriosamente veteadas, como algunas de las piedras de su colección, pasaba en limpio sus poemas amorosos, que querían ser modernos:

Tu cuerpo:
laberinto de mi cuerpo.
Mi cuerpo:
luna que eclipsa
tu sol-edad.

Pero de todas maneras, el cuarto de Moncho no era un estudio, como él hubiera querido. Era una recámara denunciada por el crucifijo en la pared, por las persianas de la ventana, amodorradas en su oblicuidad, por el olor a sueño. Moncho se pasó aquella tarde de la manifestación viendo su reflejo vergonzante en el vidrio de su escritorio ante el volumen de las obras de Xavier Villaurrutia -espejismo en el árido desierto de la metátesis y de la yod cuarta-, incansablemente abierto en las páginas 46 y 47. Tuvo que reconocer que los agravios verbales de Nuria acaso no habían sido del todo injustos: le molestaban, en efecto, la huelga y los disturbios estudiantiles, que no acababa de comprender o mejor de justificar pese a su condición de estudiante o precisamente por esa condición: él había ingresado en la universidad para estudiar, no para hacer desmadres. Pero.

Desde que murió papá, tan prematuramente, mamá tenía que hacer milagros, como siempre decía, con una pensión que no se incrementaba proporcionalmente al alza de la vida para seguir manteniendo la decencia de la casa, donde el fantasma de papá no sólo tomaba café en el antecomedor y escribía cartas larguísimas en la

vieja Remington de su escritorio, sino que, invocado a cada «Si viviera tu padre», continuaba sentado a la cabecera de la mesa y vigilaba la conducta de cada uno de los miembros de su descendencia. Como en las telenovelas, que a mamá le gustaban cada vez más y que veía mientras zurcía calcetines, Antonio, el hijo mayor, que había heredado un sentido del honor -que no del humor de prosapia novohispana, había tenido que enfrentarse responsablemente, con las solas armas de su inteligencia y de su enorme capacidad de trabajo, a los problemas económicos de una familia que consideraba que bajar el monto de sus ingresos traía aparejada una suerte de relajamiento moral. Por su parte, Roberto, que nunca había tenido ninguna inclinación por el estudio y que apenas había terminado la secundaria entre parrandas precoces y castigos hiperbólicos, había aprovechado la circunstancia para no seguir estudiando y dedicarse, más exitosamente de lo previsible, a muy disímolos negocios: además de contribuir al gasto de la casa, vestía bien, hacía regalos espléndidos y era poseedor, por cuenta propia, de un flamante Renault Florida que se encargaba de humillar, en la nocturna convivencia, al enfermizo y siempre sucio Volkswagen que se le había comprado a Moncho cuando entró en la universidad no sólo para que fuera a sus clases sino también y sobre todo para que llevara a mamá al súper, al doctor, a El Puerto de Liverpool porque ya no se puede tomar camiones, van llenos de pelados, ya no hay caballeros que cedan el asiento, no sé cómo no se les cae la cara de vergüenza, algunos hasta se hacen los dormidos, y tomar un libre te sale en un ojo de la cara.

Así las cosas, la condición estudiantil de Moncho era un privilegio, más aún si se piensa que la carrera elegida no había sido administración de empresas o contaduría o diseño industrial sino la lujosa, la medieval, la elitista carrera de las letras eso para qué sirve, te vas a morir de hambre, son estudios para las mujeres mientras se casan. Alguna vez, en excepcional momento de confianza, Roberto le había aconsejado que no estudiara esas pendejadas, que nunca tendría dinero para comprarse un buen traje, para invitar a las chicas a bailar, para casarse bien, para tener un coche último modelo; que su esposa no podría tener sirvienta, que sus hijos tendrían que nacer en el Seguro Social, cosas así, tan edificantes. Curiosamente, los argumentos de Roberto, en vez de disuadir a Moncho, o por lo menos de preocuparle, lo confirmaban en una vocación que así amenazada iba cobrando, a sus ojos ilusorios, rango de destino, de estigma, de imperiosa necesidad. Sólo quiero estudiar letras para no ser como tú, pensaba para sus adentros, aunque de dientes para afuera puede ser que tengas razón, voy a pensarlo. Antonio, en cambio, apoyaba los estudios de Moncho con beneplácito casi patriarcal, ya porque era él quien orgullosamente mantenía al hermano en calidad real de becario, ya porque él mismo manifestaba considerable gusto por la literatura. Todas las noches, mientras su flamante esposa se entretenía con el Teatro familiar de La Azteca o con el Estudio Raleigh de Pedro Vargas, Antonio resbalaba

por la pendiente de algún *best seller* -Morris West o Taylor Caldwell- y, con paternalismo mal disfrazado de respeto profesional, cuando veía a Moncho le pedía su opinión sobre tales lecturas -lo que era una manera de ponerlo a prueba y al mismo tiempo de hacerle saber que él también leía. ¡Pero cómo!, ¿no has leído *Las sandalias del pescador*, tú, que a eso te dedicas?

Moncho, que también había heredado algo de esa honorabilidad novohispana, sentía, pues, un tácito compromiso con su hermano Antonio, tal vez más hondo que si se tratara de su propio padre, en cuyo caso el patrocinio de sus estudios sería digamos que más obligado que gracioso. Por eso, la huelga lo trastornaba; sin embargo, por más que invirtiera el tiempo, ahora forzosamente libre, en el estudio de la Historia de la lengua española de Rafael Lapesa, estaba inquieto, distraído como podrían atestiguarlo las catorce franjas de luz vespertina que las persianas de su cuarto dejaban proyectar sobre la pared del escritorio. ¿Por qué, si era estudiante, no participaba de los problemas estudiantiles? Y si eran problemas políticos y no académicos, como decían, escandalizados, tantos padres de familia y muchos profesores impolutos, ¿por qué no participaba en los problemas políticos de los estudiantes? ¿No era el hombre un ser eminentemente Político? ¿No era él, acaso, un hombre?, se preguntaba con solemnidad presocrática. ¿Por qué carajos entonces se pasaba las tardes encerrado en su celda, cual monje medieval, dedicado, en clausura apenas violada por Radio Universidad, al estudio de textos clásicos y lenguas muertas mientras sus compañeros se partían la madre en las calles de la ciudad? Que estuvieran equivocados o no era lo de menos: estaban vivos, estaban en su tiempo. Además, no participar era también una actitud política, pero la más fácil, la más cómoda, la más cobarde. ¿Por qué no iba a las asambleas a discutir sus puntos de vista, a plantear sus desacuerdos, aunque fuera tachado de reaccionario de mierda? Ah, cómo le dolieron los adjetivos de Nuria aquella tarde.

El ya lejano 26 de julio, cuando se suspendieron las clases por la manifestación que año con año conmemoraba el asalto al Cuartel Moncada, y que ahora apoyaba al pueblo vietnamita y aprovechaba la fecha para protestar por la intervención policiaca en la Vocacional 6, Moncho lamentó quedarse sin la clase de literatura italiana de Alaíde Foppa. Días después, empero, al enterarse de la represión que habían sufrido los manifestantes, se le torció la boca y el entrecejo no pudo contener una expresión reprobatorio. Y más que la represión del día 26, a Moncho le dolió, días más tarde, el bazukazo que destruyó la venerable puerta del antiguo Colegio de San Ildefonso. Lo indignó casi hasta las lágrimas la sola imagen de la brutalidad enseñoreada de ese recinto de cultura que había hospedado a los jesuitas del siglo XVIII, que había sido la sede del renacimiento de la Universidad, que había sido la escuela del deslumbrante y precoz «grupo sin grupo» de los Contemporáneos, que había sido el ámbito propicio de la enérgica expresión de Orozco. Si Moncho tenía este sentimiento, solemne y un tanto grandilocuente, era

porque él mismo no había estudiado en San Ildefonso y en consecuencia lo admiraba más de lo que lo quería, exactamente al revés de lo que les sucedía a los estudiantes regulares, que a lo mejor podían escribir bárbaramente su nombre en un mural de Orozco «Aquí estuvo Chucho» o «Chano ama a Chole» y desconocer la doblemente ilustre historia del edificio, pero que lo amaban como su espacio cotidiano, como lo habrán amado Clavijero y Vasconcelos, Alegre y Pellicer, Landívar y Torres Bodet. Aunque no estudiara ahí, de todas maneras Moncho, desde que estaba en la preparatoria, asistía con cierta frecuencia al soberbio edificio para participar en los grupos de teatro universitario que se integraban en la Prepa / porque en su escuela eran puros hombres y no se podía representar más que el Diario de un loco de Gógol o ni eso, porque además de ser puros hombres eran también hombres puros. En esos viajes solitarios de sus años preparatorianos al centro de la ciudad, Moncho fue descubriendo por su cuenta el color de sangre seca, de costra, del tezontle, que iluminaba singularmente a la metrópoli virreinal; los oficios de los trabajadores, que se colocaban en las rejas de la Catedral con sus instrumentos de trabajo; los nombres de las calles, de las plazas, de las iglesias. De chico, acompañaba a su mamá al centro, adonde había que ir para comprar cualquier cosa, desde un botón hasta los útiles escolares, desde un foco hasta una cama, pero, jalado por las prisas, apenas podía ver los aparadores a la altura de su vista y nunca había contemplado los edificios de la época colonial. No, no había justificación ninguna para cometer un acto tan brutal y tan gratuito como el que se había perpetrado contra el antiguo Colegio de San Ildefonso.

Más o menos así se lo dijo a su hermano Antonio un domingo a la hora amodorrada de la sobremesa, bajo la luz encendida por la lluvia del atardecer. Cuando Marcela, su cuñada, se levantó de la mesa para cambiarle los pañales a Toñito, que berreaba más sobreactuadamente que Carmen Molina y Lorenzo de Rodas juntos, saltó al mantel manchado, lleno de migas de pan, entre las tazas de café escurridas, vía las greñas de Moncho, el tema del movimiento estudiantil.

Antonio señaló, por arriba de los anteojos, con mirada de mandamiento, que los estudiantes tenían el compromiso social y patriótico de estudiar, toda vez que la sociedad y la patria los becaba para eso, pues la educación superior en México, al ser prácticamente gratuita en la Universidad Nacional, estaba subvencionada por el Estado, es decir por el trabajo de cada uno de los contribuyentes que, como él, pagaban religiosamente sus impuestos.

Moncho, que había sido tan mesurado frente a sus Propios Compañeros, esperó pacientemente para intervenir en la conversación, como lo hacían los estudiantes en las asambleas, pero Antonio, dueño de la palabra, refutaba los pensamientos de Moncho aun antes de que Moncho los expresara. Al principio fue ahorrando, en silencio, sus argumentos para decirlos todos juntos cuando le tocara hablar, pero como no llegaba ese momento, fue perdiendo interés: qué le importaba a fin de

cuentas meterse de lleno en una discusión que desde sus inicios tenía perdida ante la sordera de su hermano. Se limitó a decir, mientras Antonio hizo una leve pausa para tomar agua, que la represión policiaca a estudiantes inermes era, por principio, condenable.

-¡Qué bonito! -dijo Antonio, dejando de golpe el vaso en la mesa, como si fuera caballito tequilero-. Muy valientes para protestar, para hacer manifestaciones y mítines, para insultar a la autoridad, para pintar bardas. Muy hombrecitos para quemar camiones y trolebuses, para poner patas para arriba la ciudad, para interrumpir el tránsito y fastidiar a quienes mantenemos sus estudios con nuestro trabajo. El viernes hice una hora reloj en mano de la Zona Rosa a San Juan de Letrán. Pero eso sí, que no los toquen porque entonces son estudiantes inermes. ¿Inermes dijiste? No, Moncho, no hay que ser, lo que es parejo no es chipotudo. Que se atengan a las consecuencias. A cada palabra de Antonio, mamá abría más los ojos y asentía con la cabeza y con un reiterado «claro».

-De todas maneras -dijo Moncho la represión no es una solución política al conflicto. No se puede aceptar el uso de la fuerza bruta en lugar del convencimiento, del diálogo.

-Pero quiénes son los que no quieren dialogar, Moncho, por amor de DIOS.

-Pues las autoridades, el gobierno.

-¿El gobierno? ¿No leíste que Díaz Ordaz ofreció el diálogo franco en Guadalajara, que tendió la mano abierta al estudiantado? Perdóname, Monchito, pero para mí los que no quieren dialogar son los estudiantes. Qué van a querer, si están felices en el bochinche, nomás perdiendo el tiempo.

-Si los estudiantes quieren el diálogo, Antonio, de veras. Lo único que quieren es que sea público, para evitar corrupciones.

-¡Corrupciones! ¿En serio crees que el movimiento estudiantil no es corrupto? ¿Sinceramente piensas que no están manejando a los muchachos, que no hay intereses creados en los líderes? ¿De dónde crees que sacan el dinero para tantos volantes y tantas mantas y tantos galones de pintura? ¡No hay una sola barda sin pintar!

-Pues del pueblo --contestó Moncho espontáneamente y se arrepintió en el mismo instante porque sintió que la palabra «pueblo» era demasiado inocente o demasiado retórica.

-No cabe duda de que eres un ingenuo -dijo Antonio previsiblemente-. Si por eso todo lo que está pasando es muy doloroso. Porque a mí también me duele, aunque no lo creas. Se aprovechan de los mejores valores de la juventud: de su inocencia,

de su buena fe, de su idealismo para manipularlos. Y ahí van toditos, como borregos.

Afortunadamente Marcela regresó de cambiarle los pañales al niño llorón y meón y todos los comensales se convirtieron inmediatamente en público agradecido de unas virtuales monerías que el escuincle nunca hizo pese a las reiteradísimas peticiones de su madre, o ver, o ver, tengo manita no tengo manita, y Moncho aprovechó la oportunidad para levantarse de la mesa con un apocopado cómpen y se fue a su cuarto a rumiar largamente la frase que había oído como consigna general: **DESCONFÍA DE LOS MAYORES DE TREINTA AÑOS.**

Cuando lo llamó Nuria, dos días después de aquel domingo, para invitarlo a la manifestación que habría de terminar en el Zócalo, las dudas aún prevalecían y no aceptó. Ah, qué tarde tan jodida aquélla, reflejadas sus vacilaciones y sus incertidumbres en el vidrio del escritorio, apenas distraídas por los Nocturnos de Villaurrutia que habían sustituido a la historia lingüística de Lapesa cómo pesa. Se sintió solo. Muy solo. Repentinamente se levantó del escritorio y se dirigió al teléfono que, como un trofeo, estaba en el centro de la casa, al alcance del oído de todos. Se comunicó a casa de Nuria para decirle que sí iría a la manifestación con ella, que por supuesto. Pero Nuria no está, ya se fue, hace un ratito, y Moncho no tuvo el coraje, pese a su entusiasmo repentino, de lanzarse solo en su busca al Museo de Antropología, de donde salían los contingentes estudiantiles.

Demasiado tarde para esa tarde, pero acaso no para la vida, Moncho adquirió la absoluta certeza de que no quería nunca parecerse a su hermano Antonio -con su sensatez tan irrefutable como poco convincente. Le parecía asquerosa la tropa dispersa por toda la ciudad. No podía aceptar que los granaderos apalearan a sus amigos disidentes. Detestaba que mamá estuviera jode y jode con la peluquería parece mujercita y siempre le preguntara adónde vas y a qué horas llegas, y que la abuela de Lucía, que había tomado como suya la virginidad de la nieta, se la pasara chaperoneando sus visitas. Se le antojó ahorcar

a la abuela de Lucía, se le antojó quemar un trolebús, se le antojó cogerse a Nuria, en el coche, en la calle, en la escalera, cien veces cien cien veces hasta oírle decir «estoy muerta de sueño».

Esa tarde inquieta y solitaria, Moncho inició la caminata que lo condujo a las asambleas estudiantiles, donde se fastidiaba e inhibía sus desacuerdos y sus desconfianzas, y de allí pasó, casi por inercia, a la brigada de Nuria, quien aprovechaba con simpático descaro su provocativa minifalda para botear exitosamente en la avenida Insurgentes. Y en la brigada y sus tareas -la repartición de volantes, las pintas, la recolección de fondos Moncho creyó conocer el compañerismo y el humor que se desplegaban con una cachondería tan diferente al erotismo de cartón en el que había sido educado. ¿Eduardo? Por primera vez se sintió libre para usar su vocabulario completo delante de una mujer, por primera

vez pudo enseñarle a una compañera algunos resquicios de su intimidad, y por primera vez, ante la sonrisa generosa y democrática de Nuria, se percató de que se aburría mortalmente con su novia en esas tardes infinitas de mano sudada y planes para cuando nos casemos.

El martes 27 de agosto, nunca se le olvidaría, fue con Nuria y con Javier, otro compañero de brigada, a la manifestación que, como la otra, habría de llegar hasta el Zócalo. Y también por primera vez, porque Moncho estaba inaugurando todo, los edificios coloniales ya no eran almacenes que guardaban una parte de su infancia o gigantes que intimidaron una parte de su adolescencia, sino testigos conmovidos por su voz, que se confundía y se multiplicaba con las voces de cientos de miles de jóvenes que se hacían adultos clamando a cielo abierto, con los cuellos excitados y enhiestos y las miradas desafiantes ME-XI-CO LI-BER-TAD ME-XI-CO LI-BER-TAD ME-XI-CO LI-BER-TAD ME-

Cuando los contingentes llegaron a la plaza de la Constitución, más grande que nunca, inmensa, a Moncho, claro, se le puso la carne de gallina y su voz, de tanto grito, por poco llega al llanto. A pesar del buen humor de sus compañeros, Moncho se sintió solemne protagonista de la historia, de la historia que le tocó a él, de la historia que por él y por sus compañeros estaba cambiando en ese preciso momento, tan digno de una fotografía de libro de texto. Se rió de su propia solemnidad y fue feliz un rato.

Tras el mitin, Nuria, Javier y él se regresaron caminando hasta la plaza Garibaldi, donde Moncho había estacionado «La Mierdita» --como Nuria le decía a su Volkswagen con la sensación paradójica de que la ciudad oscura, sin ningún farol encendido, sólo iluminada por las luces de los coches que pasaban a velocidad fugitiva; la ciudad amenazada, vigilada por granaderos al acecho, recorrida por temibles «julias» -cárceles ambulantes, perreras humanas-; la ciudad heredada, ajena, impertérrita, era, ahora, una ciudad iluminada por la protesta; una ciudad entrañablemente suya.

En el Zócalo, lugar donde apenas hacía poco más de un año Moncho había jurado bandera como conscripto pelón ante el mismo Díaz Ordaz con patética indiferencia, como un trámite desprovisto de cualquier significado patrio, se había izado, esa noche, la bandera rojinegra del Consejo Nacional de Huelga por cientos de miles de estudiantes apoyados por maestros y trabajadores y campesinos y padres de familia que ya estaban hasta el carajo del mismo sistema, de la misma mentira, del mismo, del mismísimo pinche rollo demagógico. Se había violado la sacralidad atávica del Zócalo y las campanas de la Catedral, esa noche, habían doblado a vida.

Nutrido por la imagen de Nuria, craquelada por las, vetas del parabrisas estrellado, Moncho llegó a su casa, a la fiesta de su hermana Patricia. Llegó tarde. Desde la calle vio las luces prendidas y oyó las voces y las risas de los dueños de los coches

estacionados. La humedad en los labios y el sabor de Nuria, atesorado en la lengua, lo protegerían de las frases previsibles pero cómo no avisaste, pero mira nada más la hora que es, te estábamos esperando para cenar, ¿por qué estás tan desfajado?

Con pasmosa lentitud, Moncho abrió la puerta de la cochera, metió el coche, cerró la puerta de la cochera, abrió la puerta de la sala, entró, cerró la puerta de la sala y oyó, con paciencia impermeable, pero cómo no avisaste, pero mira nada más la hora que es, te estábamos esperando para cenar, ¿por qué estás tan desfajado? Saludó a los invitados moviendo ligeramente los dedos de la mano derecha y pronunciando un hola más bien lánguido. Hubiera querido encerrarse en su cuarto. No tener que contemporizar con el Güero, su ex compañero, más lejano cuanto más se acercaba a la familia, ni con sus amigos tan peluqueados, tan decentes, tan de suéteres impolutos y pantalones de casimir bien planchados, tan limitados, en sus itinerarios, a Polanco, las Lomas, el Pedregal y la Colonia del Valle. No tener que platicar, por guapas y olorosas que fueran, con las amigas de Patricia, tan monas, tan a ver si la semana que entra, tan ya tengo novio, tan pendejas y tan pendientes de los atletas que vendrían a las Olimpiadas. No tener que cruzar palabra con el tío Paco, que se reía alarmantemente de sus propios chistes aflojándose la corbata como si fuera la soga de la horca y. que resolvía en toses coloradas cada risa. No tener que sonreír a lo imbécil ante ningún parecido que le encontrara la señora Barbachano ni ante ninguna alcahuetería que le planteara el señor Barbachano. No tener que responder a ninguna pregunta de Antonio ni de mamá: ni cómo estás ni adónde andabas ni qué has hecho.

Como se dio cuenta, para su tranquilidad, de que no cabra en ningún punto de la trayectoria elíptica, se dirigió al baño de abajo de la escalera sólo para rastrear en su rostro el rastro de Nuria. Se entretuvo un rato en el espejo y al salir se topó, asombrado, con una cuba libre que Roberto le ofrecía, medio tambaleante, mientras en el tocadiscos Maciel, para disgusto de Antonio, cantaba Rosas en el mar. Pensó, con extrañeza, que Roberto, tan independiente y experimentado, parecía, al menos esa noche, menor que él.

La elipse se deshizo porque por fin ya llegó Moncho, vamos a cenar, pasen a servirse, apúrense porque se enfría.

Moncho no tenía hambre más que de soledad para ponerse a pensar a gusto en las piernas de Nuria, que sus manos habían recorrido sólo mediatizadas por la sutil textura de las pantimedias. Tenía hambre de Nuria, pues. Pero.

Cuando se acercó a la mesa, mamá no pudo contener un reclamo acaso cariñoso y le jaló un mechón de cabellos de la nuca, ay muchacho éste, que Moncho se limitó a desagradecer con una mueca de fastidio en medio de ese revoloteo avisposo sobre la comida -un platón de cuete mechado, ensalada de manzana y zanahoria, papas al horno envueltas en papel aluminio es una maravilla-, que cada quien se iba sirviendo en los platos floreados -los de fiesta.

El tío Paco, con su plato rebosante en la mano izquierda, y en la derecha, a manera de estoque, los cubiertos, y, de muleta, la servilleta también floreada, al ver a Moncho de frente, le dijo a boca de jarro, como citando al toro:

-Ey, tú, melenudo, ¿dónde estabas? No me digas que andas con esa bola de fascinerosos disfrazados de estudiantes quemando trolebuses.

Lo dijo sin pensar, espontáneamente, aún sonriendo. En otra ocasión, Moncho se hubiera quedado callado. Es más, su nobleza lo hubiera llevado a la sonrisa. Pero ahora no. Tanto silencio se había tragado que, con la memoria de los besos de Nuria en los labios, contestó serenamente, en voz más bien baja pero muy firme:

-El fascineroso serás tú -y añadió sin perder la calma-: No he quemado ningún trolebús. Ah, pero cómo me gustaría quemar uno si tú estuvieras dentro.

Se hizo un silencio comestible que esperaba, ansioso, una retractación de Moncho, algo así como no, hombre, no es cierto. Pero no: Ramón no se desdijo. Ramón no bajó la mirada. Ramón no perdió la serenidad.

El tío Paco primero no supo qué hacer: se quedó desconcertado, en silencio, quizá pensando que no había oído bien. Después se puso más colorado que de costumbre, se jaló la corbata, regresó el plato a la mesa y se quedó con el tenedor en la mano, como blandiéndolo, arrebatado por una tos descomunal, apenas traducida en si viviera tu padre.

Antonio se sintió aludido. Se acercó a Moncho, sin salir de su asombro, y a media voz pero autoritario, le dijo qué te pasa, estás loco, cómo le contestas así a tu tío. Ramón no le respondió. Dio media vuelta. Al pasar junto a Patricia, depositó un beso cálido en su mejilla. Subió a su cuarto entre los amigos del Güero, que se habían sentado en los pedazos de la escalera con sus platos en las rodillas, y con la misma serenidad, voluntaria y premeditadamente, dio un portazo que cimbró la casa.

Patricia se puso sena. El Güero trató de consolarla pensando que Moncho le había echado a perder su fiesta, -i eso es lo malo de la Universidad Nacional, puros pelados, pero contrariamente a su propósito, Patricia le soltó la mano que él se empeñaba en acariciarle como para calmarla, y le dijo con seriedad inédita: tú no entiendes nada de nada.

Antonio estuvo a punto de subir al cuarto de Moncho para reclamarle el portazo, ya es demasiado, ¿no?, pero una mirada insobornable de mamá lo contuvo.

Excitado por las muchas palabras de calma que su esposa profería, el tío Paco, con la servilleta en la frente, se desahogó contra los comunistas, todos son unos comunistas bien hechos, ya quisiera yo ver a esos mocosos maricones cortando caña en Cuba, ya los quisiera yo ver...

Desde su cuarto, Ramón todavía alcanzó a oír pedazos de frases del tío Paco: agitadores profesionales. Campaña contra México. Boicot de las Olimpiadas. Mao.

La CIA. juventud perdida... Y la súplica de mamá al Güero y sus amigos de que aconsejaran a Moncho, de que por lo menos se cortara el pelo.

-¡Mamá, ya, por favor! -dijo Patricia.

Sonriente, Ramón se acostó para pensar minuciosamente en Nuria, mientras abajo Patricia, a su pesar, presionada por todos los concurrentes, apagaba las dieciocho velas de su pastel de chocolate y se desataba un *japiberdeituyu* desentonado y trasnacional.

Después de cenar, Roberto, que generalmente no participaba en las reuniones familiares, empezó a contar chistes que iban subiendo de color ante la mirada cada vez más preocupada de Antonio. A la mitad de un chiste de españoles, sonó el teléfono pero quién puede ser a estas horas. Roberto contestó con voz pastosa y en un segundo se le llenaron de picardía los ojos.

-Es para Moncho, de parte de una voz celestial.

Sólo eso nos faltaba, pero qué horas son estas de llamar, si dan ganas de no hablarle, ¿por qué no le dices que está dormido?

-Yo le hablo -Interrumpió Patricia antes de que le dijeran a Nuria que Moncho ya se había acostado, como proponía Antonio. Subió las escaleras y abrió la puerta del cuarto de su hermano.

Abajo oyeron que Patricia le decía: «Monchiux, te hablan por teléfono», pero no vieron que cuando Ramón saltó de la cama y prendió la luz, Patricia, antes de bajar, le hizo con la mano la señal de la V de la victoria.

Ramón bajó medio encuerado, con los pelos parados y el dibujo del sobrecama grabado en la mejilla. Contestó en voz baja, que quería ser cariñosa y sensual, y de pronto, abriendo los ojos como platos, gritó, para asombro de todos los presentes, las palabras que lo transportaron del siglo catorce al siglo diecinueve:

-¡SON UNOS HIJOS DE SU RECHINGADA MADRE!

El ejército había tomado Ciudad Universitaria.